

La Iglesia católica frente a las presiones democráticas del Centenario

Miranda Lida

La Iglesia Católica se plegó al coro de voces que exaltó el progreso argentino antes de la Primera Guerra Mundial. En torno de 1910 proyectó celebrar un Congreso Eucarístico internacional, anhelo que se haría realidad en 1934. Sin embargo, su adhesión no fue sin claroscuros. El debate entre las élites de promover una reforma electoral que avanzara hacia el sufragio universal daba cuenta de las crecientes presiones democráticas, presiones frente a las cuales la Iglesia católica no podría mostrarse indiferente. Este artículo repasa la actitud del catolicismo frente al Centenario, con el propósito de mostrar que estuvo teñida de grises, más allá de la retórica celebratoria de los Te Deums oficiales.

Palabras Clave: Iglesia Católica- democracia- Argentina

INTRODUCCIÓN

La Iglesia Católica se plegó al nutrido coro de voces que exaltó sin matices el progreso argentino antes de la Primera Guerra Mundial. Procuraba posicionarse como un actor social y político de peso. Desde 1880, su papel en la sociedad y frente al Estado se había modificado sustancialmente. Pero las reformas laicas del ochenta no fueron suficientes para desplazar a la Iglesia Católica a un papel secundario. Por el contrario, salió fortalecida y reconocida, a la larga, si bien esto no implica desconocer que de todas formas atravesaba dificultades institucionales y contradicciones internas que obstaculizarían su conformación como un movimiento sólido y cohesionado, al menos en aquel momento. Sin embargo, y dadas las transformaciones que el Centenario traería consigo en la sociedad argentina gracias a la apertura hacia la democracia con la Ley Sáenz Peña de 1912 y sus implicancias sociales, la Iglesia Católica argentina procuró adaptarse en la medida de las posibilidades a los cambios en marcha, y a su vez ejerció una presión cada vez más fuerte en pos de hacer del catolicismo un movimiento social y político de masas. Con este afán, en las vísperas del Centenario se dirigió a la Santa Sede para solicitar que Buenos Aires fuera designada sede del Congreso Eucarístico Internacional que se celebraría en 1910. Fracasó en la iniciativa, como se sabe, dado que el Congreso Internacional recién se celebraría en 1934, pero ello no impidió que la Iglesia argentina, por su parte, preparara para el Centenario de la Independencia, en 1916, el primer Congreso Eucarístico Nacional. Así, pues, para estas fechas, la Iglesia ya era un actor que procuraba gravitar en la sociedad y la política argentinas, con la intención de encauzar los cambios, morigerar sus aristas potencialmente más "peligrosas" (según los cató-

licos) y hacer frente a las crecientes presiones democráticas, frente a las cuales la Iglesia católica no quiso mostrarse indiferente de todas maneras.

CUADRO DE SITUACIÓN. RETRATO DEL CATOLICISMO ARGENTINO HACIA 1910

A pesar del repliegue que significó para el catolicismo que en la década de 1880 se introdujeran la enseñanza laica y el registro civil, su lugar en la sociedad y la política no se vio del todo menoscabado. Por el contrario, el aparato institucional de la Iglesia continuó fortaleciéndose luego de 1880, y más todavía durante la segunda presidencia de Julio A. Roca, cuando se restablecieron relaciones regulares con la Santa Sede. Desde fines de la década de 1890, hasta el Centenario, las diócesis se duplicaron en la Argentina, pasando de cinco a once, con la creación de los obispados de Tucumán, La Plata y Santa Fe, en 1897, y los de Corrientes, Santiago del Estero y Catamarca, en 1907. Las más nuevas debieron construirse sobre bases prácticamente inexistentes, así el caso de Santa Fe, de crecimiento explosivo gracias a la bonanza de la pampa gringa.¹ (El presupuesto de culto, como era habitual, costaba el alto clero; el resto se financiaba con colectas y aportes de los fieles, además de las subvenciones que a partir de 1895 se confirieron a través de la Lotería Nacional, fuente de ingentes

¹ Diego Mauro, "La Iglesia católica argentina entre el orden y las prácticas. Políticas diocesanas y mundo parroquial. Santa Fe, 1900-1935", en *Rábida*, Diputación de Huelva, Huelva, 27 (2008); Arthur Liebscher, "Institutionalization and evangelization in the Argentine church: Córdoba under Zenón Bustos, 1906-1919", *The Americas*, vol. XLV, n. 3 (1989), pp. 363-382.

recursos que se destinaron a culto y beneficencia, en especial en las provincias.)

Por otro lado, se sentaron las bases de algunas organizaciones del laicado que procuraron alcanzar una proyección nacional sobre todo el territorio, como fue el caso de la Federación de los Círculos de Obreros, fundados por Federico Grote, sin embargo, en los hechos, el laicado católico estaba escasamente integrado, y no había un movimiento nacional con suficiente fuerza como para aglutinarlo. Las dificultades para alcanzar esta meta respondían a varias razones. Entre ellas, la persistencia de fuertes regionalismos, a pesar de que el episcopado había comenzado a celebrar sínodos periódicos en todo el país, con el objeto de aglutinar al clero y uniformar sus criterios. Por otro lado, también operaban en este sentido las diferencias de clase; la brecha entre parroquias y diócesis ricas y pobres era una realidad palpable en la Argentina del Centenario, y más en una época de despliegue de un boato aristocrático exuberante, tal como se daba en algunas regiones, que contrastaba visiblemente con la rusticidad de las zonas más marginales. La clase social era un factor de primer orden que obturaba cualquier aspiración a integrar al laicado en un movimiento católico que trascendiera las diferencias sociales; por el contrario, en el Centenario había muchos indicios que permitían llegar a la conclusión de que la Iglesia estaba demasiado apegada a las clases altas, de las que recibía toda clase de subsidios.² Si se supone que la Iglesia Católica, dada su universalidad, ha de trascender las diferencias de clase y llegar por igual a todos los sectores sociales, en el caso argentino no era muy difícil advertir que, por el contrario, no podía permanecer inmune a la influencia de las clases propietarias, y en especial las elites terratenientes, con las que tejieron estrechos vínculos. Esta fractura obstaculizaba, entre otras, la posibilidad de conformar un movimiento integrado a nivel nacional.

De hecho, el catolicismo argentino tuvo pocas organizaciones de alcance nacional antes de 1930. La federación de las asociaciones católicas, múltiples y dispersas en general, era una auténtica aspiración de la jerarquía eclesiástica argentina, pero no era una realidad. Los Círculos de Obreros si bien aspiraron a

² Miranda Lida, "Los terratenientes pampeanos y la Iglesia Católica", *Cuadernos del Sur. Historia*, Bahía Blanca, 34 (2005), pp. 125-149.

ello, fueron insuficientes en los hechos para integrar y nacionalizar el catolicismo argentino, puesto que se hallaban atravesados por varias líneas de falla. En primer lugar, está el hecho de que procurara presentarse como una asociación interclasista, de tipo mutual, con la intención de saldar las brechas sociales entre sectores patronales y asalariados, en una sociedad donde la brecha entre ricos y pobres, agravada por la crisis económica de 1890, se introdujo, también, puertas adentro de los templos. Así los Círculos tuvieron un fuerte aspecto paternalista en la Argentina, de hecho contaron con el padrinazgo de grandes terratenientes. El resultado es que una asociación como los Círculos cumplió con grandes dificultades su tarea de integración y nacionalización del catolicismo argentino.

Por otro lado, los Círculos de Obreros integraron poco y mal a las mujeres. Grote fundó los Círculos como una asociación eminentemente masculina, en la que las mujeres tan sólo podían participar en sus actividades sociales, pero no tenían voz ni voto. Siquiera estaban autorizadas a asistir a las peregrinaciones que los Círculos organizaban anualmente en Luján: "solo hombres", se publicaba a modo de advertencia en la prensa católica. Tan sólo cuando Miguel De Andrea comenzó a officiar de secretario del Círculo Central, en 1902, comenzó a abrirles muy lentamente las puertas a las mujeres. Pero ya era tarde: fue muy difícil borrar la impronta masculina que tuvieron desde sus inicios. Claro que la distinción según género no debería sorprender, puesto que era frecuente en la época, y más en ámbitos católicos, por tradición conservadores en cuestiones de género. Y al mismo tiempo que los Círculos y otras asociaciones católicas de varones relegaron a las mujeres a un papel secundario, no le dieron ningún reconocimiento especial a las comunidades de inmigrantes, y lo mismo cabe decir de sus formas de identidad étnica y sus diversas lenguas, que en algunas parroquias jugaban, sin embargo, un papel de primer orden. Las bolsas de trabajo de los Círculos recibían extranjeros recién llegados de todas las nacionalidades, sin hacer distinción alguna según su procedencia. Así, dos actores de gran importancia para el catolicismo del novecientos, las mujeres y los inmigrantes, no tuvieron ningún lugar destacado en los Círculos fundados por Grote.

Las diferencias de origen migratorio eran sin embargo una realidad palpable en el catolicismo argentino de comienzos del

siglo XX, y podían convertirse también en una fuerte traba para la nacionalización de los católicos, puesto que había parroquias de italianos, irlandeses, franceses, españoles, alemanes, vascos, etc., que conservaban vivas las devociones de origen, e incluso la lengua, y a su vez reclamaban que los sacerdotes fueran de la misma comunidad inmigratoria que el grueso de los fieles. Así, la Iglesia Católica adquirió tintes cosmopolitas, en especial en Buenos Aires. Podríamos enumerar algunos ejemplos: en manos de la congregación alemana del Verbo Divino se encontraba la parroquia de Guadalupe, en el barrio de Palermo, Buenos Aires; la iglesia de la Santa Cruz, en San Cristóbal, estaba a cargo de los pasionistas, de origen irlandés; los italianos tenían por su parte una vasta presencia, a través de varias parroquias salesianas (en Almagro y La Boca) y distintas capillas que eran conocidas como "italianas" por la composición de sus fieles; asimismo, la Virgen del Pilar, que tenía varios santuarios, capillas y altares en Capital y alrededores, era netamente española. Más todavía: las devociones "importadas" convivían con la predicación y las misiones que se daban regularmente en idioma extranjero (y sabemos lo importante que es el idioma para la definición del sentimiento nacional en este período). También se publicaban diversos periódicos católicos en idioma nativo (*The Southern Cross*, *The Hiberno-Argentine Review*, *Cristoforo Colombo*, y el *Volksfreund*). Son sólo unos pocos ejemplos que ilustran este punto. Los abundantes estudios en torno a la relación entre inmigración y religión dan cuenta de la densidad de este entramado.

En este panorama cosmopolita, los idiomas utilizados en los templos no eran sólo el latín y el español. No faltaban las misiones religiosas en italiano, francés, inglés o alemán, así como también la predicación incluso en dialecto. En un informe de 1907 elaborado por el arzobispado acerca de la cuestión de la inmigración (un tema acuciante para la Iglesia, como se ve, que debió abocarse a preparar un informe al respecto), se llegaba a la conclusión de que la mejor manera de sortear las diferencias de idioma era a través de la lengua española, puesto que, dada la diversidad de dialectos existentes, en especial entre los italianos, el español era "para los oyentes de más fácil comprensión que la propia lengua oficial de su nación". Y proseguía, con cierta cuota de exageración, que más allá de las diferencias de idioma y dialecto, lo que verdaderamente era capaz de amalgamar a una población tan heterogénea era la propia religión católica:

*Sus centros sociales, sus cofradías, sus colegios, rebozan de todas las nacionalidades.[...] se funden gustosamente en una sola entidad: la católica. Debido a ese hecho innegable ha podido decir un pensador que la religión es el medio más eficaz para la caracterización de la tan debida "alma argentina".*³

3 "Religión e inmigración", *La Voz de la Iglesia*, 20 de noviembre de 1907.

Frente a una sociedad plural y cosmopolita como la de la ciudad de Buenos Aires, donde más del cincuenta por ciento de la población era de origen inmigrante, el culto religioso se postulaba, en las vísperas del Centenario, como un **sólido vínculo de unión nacional**. Sin embargo, cabe dudar si esto no era más una expresión de deseos que una realidad: es posible preguntarse hasta qué punto eran suficientes en 1910 el idioma y el ritual para cohesionar a un catolicismo plural, aunque desmembrado. La invocación a la nación católica, que aparece con fuerza en el Centenario, parece ser más declamada que practicada. Las peregrinaciones de las comunidades de inmigrantes a Luján, muy comunes en el Centenario, se hacían de manera fragmentaria, puesto que cada comunidad quería lucir su propia bandera nacional; incluso competían por tales exhibiciones. O sea que la nación y el idioma segmentaban más de lo que la Iglesia hubiera deseado. Aun entre los creyentes de una misma fe es difícil dar con un movimiento católico homogéneo, menos aún, masificado, al menos en la Argentina que se halla a caballo del siglo. Iniciativas de pretensión homogeneizadora no faltaron, pero son tantos los clivajes que lo atraviesan que las tensiones no son fáciles de superar.

Recapitemos: el género, el idioma y las diferencias socioculturales, incluidas las de clase, segmentaban el catolicismo argentino y ponían trabas a cualquier aspiración a integrarlo bajo un movimiento nacional, una aspiración que ganó fuerza en el fin de siglo, sin embargo. Las diferencias regionales, quizás más fuertes antaño, pesaron menos en el Centenario, en la medida en que el país se vio territorialmente mejor integrado a través del Estado y del ferrocarril. Los obispos viajaron de diócesis en diócesis, ya sea para celebrar sínodos, festividades marianas u otro tipo de eventos. Otros datos que se pueden mencionar son la celebración de reuniones periódicas del episcopado, la firma conjunta de diversos documentos, la participación mancomunada en la campaña contra el divorcio en 1902, entre otros. Ello no quita sin embargo que no persistieran hondas diferencias regionales de todas maneras. En Córdoba, la tradicional fiesta de la Virgen del Rosario, que contó en 1896 con la visita del poeta Rubén Darío, quedó sometida a querellas casi pueblerinas.⁴ Las diferencias sociales, culturales, las vastas distancias y la menor densidad de población en algunas regiones del interior, hacían que fuera difícil uniformar las prácticas religiosas en todo el país, como pretendía el episcopado. Ni siquiera podía enseñarse de manera uniforme el catecismo dada la persistente brecha que existía entre las ciudades y la campaña, donde la alfabetización avanzaba más pausadamente.⁵

4 Arturo Capdevila, *Rubén Darío. "Un bardo rei"*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946, pp. 104-129.

5 *Informe en disidencia sobre el Pequeño Catecismo que presenta al Episcopado de la República Argentina Monseñor Doctor R. J. Lugones*,

De ahí que la Iglesia buscara la manera de entroncarse con la idea de nación, a través de la cual esperaba superar algunas de estas fisuras. Era un signo de época de todas maneras. En la Europa de fin de siglo, la nación se halló en sintonía con la expansión del imperialismo y la xenofobia, así como también lo hizo con los avances de la modernidad, la construcción de nuevos estados y la búsqueda de mecanismos para integrar cultural y políticamente a sus poblaciones. Así, la nación resultó polisémica: podía ser un salto hacia adelante, en la medida en que permitiera ampliar horizontes, dejar atrás los provincianismos y las tradicionales identidades ancladas en el terruño. Podía, también, ser una invitación a la intolerancia y el autoritarismo, cuando se aferraba a definiciones esencialistas y exclusivistas. En el catolicismo argentino se pueden leer ambos sentidos, el inclusivo, pero también el visceral e intolerante. Y además, todo ello se combinó con una relectura mítica del pasado, en la que el catolicismo se presentó como un actor clave de la revolución nacional de independencia inaugurada en 1810, un relato que cobrará intenso predicamento a medida que nos aproximemos al Centenario. Con este discurso de tono nacionalista, no ha de sorprender que se adviertan tempranos acercamientos con el Ejército, desde fines del siglo XIX incluso. La realización de la misa de los conscriptos, que comenzó a celebrarse en 1901, en coincidencia con la Ley Riccheri, que estableció el servicio militar obligatorio y alentó la profesionalización del Ejército es un buen ejemplo; también, la presencia de batallones armados, que servirían de garantes del orden en las festividades religiosas, incluso en los Te Deum que acompañaban las fiestas patrias.⁶ Veamos lo que ocurrió, pues, al fragor del Centenario.

LA IGLESIA SALE A LA CALLE. 1910- 1916

Mientras el país se aprestaba a celebrar los fastos del Centenario, el arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Espinosa, elevó una propuesta al Vaticano con la expectativa de que la ciudad porteña pudiera celebrar a la par su primer congreso eucarístico internacional. El progreso económico y el crecimiento demográfico del país (en especial, de la región litoral) fueron los argumentos con los cuales el arzobispo procuró convencer a la Santa Sede. No es casual que en los intercambios epistolares con el Vaticano acerca del festejo se hablara del Congreso Eucarístico "bonaerense", como si fuera un evento regional, y no nacional.⁷ La propuesta no prosperó: en plena **belle époque**

Buenos Aires, 1902.

6 "En 25 de Mayo", *La Voz de la Iglesia*, 16 de septiembre de 1895; "Fiestas en Santa Lucía", *La Voz de la Iglesia*, 14 de diciembre de 1896; "Hoy en el bosque de Palermo una misa de campaña", *El Pueblo*, 8 de marzo de 1901; "El Te Deum. La revista militar en Palermo", *El Pueblo*, 7 de julio de 1905.

7 "Congreso Eucarístico", *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1906, p. 30.

los congresos católicos internacionales rara vez salían de Europa. Buenos Aires, pues, debió aguardar más de dos décadas para ver realizado su postergado anhelo.

Pero a pesar de que el congreso internacional no llegó a ser celebrado en la Argentina de 1910, la Iglesia no se vio defraudada en sus expectativas por ocupar un papel protagónico en los festejos del Centenario. La presencia del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Espinosa fue una constante en cada uno de los documentos fotográficos de la hora: participó de todo tipo de ceremonias oficiales, junto al gobierno y la infanta española, y tuvo un rol protagónico en las ceremonias sagradas que las acompañaron. La celebración de Corpus Christi, que tuvo lugar a tan sólo unos pocos días de los festejos del 25 de mayo del Centenario superó las expectativas de los organizadores y puso en evidencia que el movimiento católico era capaz de reflejar un vasto eco popular en las calles. En lugar de marchar ceremoniosamente, rezar el rosario y hacer la señal de la cruz, en aquel Corpus Christi la gente aplaudió, aclamó y gritó: se comportó como cualquier otra multitud callejera. Ser católico no exigía una conducta muy diferente a la del hombre corriente. En una sociedad como la porteña, con grandes contingentes de trabajadores inmigrantes, muchos de ellos recién llegados, el catolicismo se mostraba capaz de acoger en sus filas a hombres que estaban de paso en Buenos Aires o que tenían poco arraigo en las parroquias y las asociaciones laicales ya conformadas. Muchos de ellos, en efecto, eran hombres, según destacaron las crónicas periodísticas. El carácter masculino y callejero de la movilización le dio un aspecto novedoso al catolicismo porteño, puesto que se mostró popular, plebeyo y a la altura del hombre de la calle:

*Una enorme multitud comenzó a congregarse ante el palacio del arzobispado, se escucharon voces que pedían que hablara monseñor Jara, monseñor Romero, monseñor De Andrea, monseñor Piaggio. La multitud crecía por momentos y redoblaba sus pedidos. [...] En seguida la multitud que ya iba tomando un incremento colosal en un clamoreo que imponía, pedía que hablara monseñor De Andrea. [...] [Sus] palabras causaron un entusiasmo que rayó en el delirio y la inmensa muchedumbre formada en su casi totalidad de hombres no cesaba en sus vítores y aplausos hasta que monseñor De Andrea con otro arranque pidió para terminar [...] entonasen juntos el himno nacional. La multitud cantó y después prorrumpió en nuevas manifestaciones de aclamación.*⁸

Así, puede argüirse que en ocasión del Centenario la Iglesia mostró una faceta que anunciaba las transformaciones que no

8 "La procesión del Corpus", *El Pueblo*, 26, 27 y 28 de mayo de 1910. El destacado es nuestro.

tardarían en sobrevenir en el catolicismo argentino. Es significativo que Corpus Christi, una de las más importantes fiestas del calendario católico, no se celebrara con un Te Deum solemne en la catedral al que sólo accedían las autoridades (eclesiásticas, civiles y militares) junto a un puñado de familias de renombre. Lejos de ello, fue una fiesta para el hombre común. No contó con la pompa de una celebración *intra muros*, pero verificó el entusiasmo y el calor populares. La voz de Monseñor De Andrea, desde el púlpito, coronó las festividades con una oración patriótica en la que celebró el inesperado “resurgimiento del patriotismo” de la hora, desde su punto de vista. Ante todo, lo que exaltaba era el clima de armonía e integración social en el que se desarrollarían los festejos: “ni el sexo, ni la edad, ni la política, ni la condición social han podido detenernos en esa impulsión misteriosa que nos llevaba a agruparnos en torno de nuestra bandera”.⁹ Como si una sociedad hasta entonces bastante compartimentada hubiera podido amalgamarse dejando a un lado todos sus clivajes. El espectáculo “de nuestro pueblo concurrendo en masa” lo sorprendió. Los festejos fueron un éxito, recalzó, favorecidos –paradójicamente– por la propia incertidumbre que los precedió. Según De Andrea, “aquellas siniestras amenazas”, fruto de las “ideologías disolventes” en boga –baste recordar en este sentido la bomba en el Teatro Colón– no fueron más que una “feliz provocación”, insinuó, que contribuyeron a magnificar todavía más los festejos, de cuyas posibilidades de éxito *prima facie* podía dudarse. El optimismo de De Andrea reflejaba bien el clima del momento. La Iglesia se sentía reafirmada en su convicción de haber sido un actor fundante de la nacionalidad argentina, como afirmara el capellán castrense Agustín Piaggio –más tarde vicario general de la Armada– en una obra premiada en el Centenario.¹⁰

Así, el Centenario puso de relieve la cuestión nacional, pero esto pronto se entrelazaría con otras transformaciones propias de la segunda década del siglo: en primer lugar, la cuestión democrática, dados los reclamos, que se venían preparando desde años antes, para ampliar el sufragio en la Argentina, que daría por saldo la promulgación de la Ley Sáenz Peña de 1912; por el otro, la cada vez más acuciante cuestión social, en especial, luego del inicio de la Primera Guerra Mundial, que impactó en la economía argentina provocando crecientes dificultades que se irían agravando con el correr del tiempo para terminar por desencadenar una fuerte oleada de conflictividad social en los primeros años de posguerra.

9 *Oración patriótica de acción de gracias por el éxito de las fiestas del Centenario pronunciada en la Catedral de Buenos Aires por Mons. Dr. Miguel de Andrea el día 2 de junio de 1910*, Buenos Aires, Alfa y Omega, 1910, p. 16.

10 *Certamen literario hispanoamericano celebrado por la Academia Literaria del Plata en conmemoración del Primer Centenario de la Independencia*, Buenos Aires, Alfa y Omega, 1910.

Frente a la ampliación del sufragio y la afirmación de la democracia, la Iglesia dio muestras de intentar plegarse al clima de la hora. Apoyó al radicalismo en las elecciones presidenciales de 1916, ya fuere por intermedio del Partido Constitucional, conformado luego de la Ley Sáenz Peña, o a través de las páginas del diario católico *El Pueblo*, que recomendó sin ambages el voto por Yrigoyen. Compuesto por una conspicua elite católica que en su mayor parte eran abogados y ocupaban los primeros cargos en los Círculos de Obreros y otras instituciones católicas, el Partido Constitucional aspiraba a convertirse en un partido de masas, sobre la base de un programa inspirado en la Constitución Nacional y los valores católicos. El partido católico no tuvo suficiente fuerza electoral sin embargo; apoyó en 1916 el voto radical para las presidenciales, pero tan sólo en unos pocos distritos presentó sus propios candidatos para las legislativas. Conscientes de que el sistema electoral no los favorecía puesto que la ley Sáenz Peña únicamente reconocía la representación de la mayoría y la primera minoría, el Partido Constitucional terminó por diluirse en el corto plazo, si bien hizo reiteradas campañas por promover una nueva ley electoral que permitiera la representación proporcional. La avanzada de los católicos en el terreno electoral estuvo lejos de ser exitosa.

En las calles, sin embargo, la situación era diferente, tal como puso en evidencia la celebración del primer Congreso Eucarístico Nacional, que tuvo lugar en Buenos Aires en julio de 1916, en coincidencia, casi, con los festejos del Centenario de la Independencia y, además, con la efervescencia política de un año electoral intenso, que le daría el triunfo a Yrigoyen. Los festejos oficiales incluyeron desfiles de tropas acompañadas por las bandas de música de los respectivos regimientos que circulaban por arcos de triunfo conmemorativos, con vasto despliegue de carruajes y de iluminación eléctrica en las calles céntricas. El espectáculo se completó con un despliegue de aviones y exhibición de destrezas en el aire que ejecutaban los pilotos militares –hubo incluso pilotos chilenos que participaron del evento—. El público en las calles se agolpaba para ver el espectáculo.

Pero 1916 fue, ante todo, el año de Yrigoyen. El fervor despertado en las calles por las elecciones era tan fácil de advertir que incluso la movilización anual de los Círculos de Obreros creció esa vez más de la cuenta: desde la Plaza de Mayo hasta el Congreso, y desde allí, por Callao hasta Santa Fe, para culminar finalmente en la Plaza San Martín. Significativamente, *La Prensa* escribió: “la manifestación [...] recuerda a las grandes demostraciones populares realizadas algunos días antes de las últimas elecciones”.¹¹ El catolicismo se hacía eco del fervor

11 La cita de *La Prensa* fue republicada en “El imponente desfile del domingo”, *El Pueblo*, 21 y 22 de mayo de 1916.

del momento. A sólo unos pocos días de las elecciones nacionales, con suma presteza, se conformaron las comisiones encargadas de organizar el primer congreso eucarístico nacional.¹² Este fue el marco que le dio sentido. La crónica periodística de la fecha destacaba que “ha sido quizá la primera vez que el elemento masculino católico forma en una columna de tanta magnitud”.¹³ La propia Iglesia se sorprendió cuando se dijo que habían asistido 200 mil personas.¹⁴ Al Congreso asistieron militares en traje de gala, bandas de regimientos que con sus variopintos uniformes ritmaban con sus tambores el paso de la multitud –intentando poner algo de orden en las filas–, asociaciones católicas masculinas, femeninas y de jóvenes. Algunos llevaban estandartes; otros, se ubicaban a los costados sólo para mirar de lejos los desfiles. Y otros tantos más saludaban desde los balcones o intentaban sumarse a último momento, amenazando con romper el orden que los militantes católicos se esforzaban tanto por preservar.

Así, pues, el primer congreso eucarístico argentino ponía en evidencia el pujante activismo católico en las calles. Salir a la calle en movilización era una manera de aceptar que las masas ganaban creciente visibilidad, pero al mismo tiempo el catolicismo comenzaba a preocuparse por encarrilar esa participación en un sentido católico, ordenado, sin desbordes de ningún tipo, puesto que no quería que las movilizaciones se vieran opacadas por incidentes. Por eso, procuraba colocar a las masas bajo la bandera nacional. Dicho de otro modo, bien podría argüirse que el congreso eucarístico de 1916 fue uno de los primeros pasos que dio el catolicismo argentino hacia la nacionalización de las masas –masas que, naturalmente, la Iglesia anhelaba ver convertidas al catolicismo—.

En ocasión de las transformaciones sociales y políticas del Centenario, el catolicismo se vio presionado a dar respuestas a las inquietudes y desafíos que suponía el nuevo siglo, incluso también en otro aspecto: el cultural. Las novelas de Gustavo Martínez Zuviría (*Flor de durazno*, de 1911 y *Valle negro*, 1918, entre otras), pronto convertidas en *best-seller*, fueron un primer síntoma de la aparición de una literatura popular de contenido católico y moralizante, que buscaba influir por sobre la cultura de masas de la era del Centenario. De hecho, la Iglesia Católica pronto aspiró a moralizar *in toto* la cultura de masas, cine, teatros y libros baratos, puesto que la masificación de la

12 “Congreso Eucarístico Nacional. Auto de erección de la comisión nacional de señoras”, *El Pueblo*, 10 y 11 de abril de 1916.

13 La crónica de *El Diario* fue reproducida por *El Pueblo*, 24 y 25 de julio de 1916.

14 “Sobrepasó las esperanzas más halagüeñas”, escribió el arzobispo Bottaro años después. Véase “El Congreso Eucarístico Internacional de 1930. Su probable realización en la Argentina”, *El Pueblo*, 20. 1.1927.

sociedad comenzaba a ser leída como amenazadora por el catolicismo, al menos, para con los estándares morales tradicionales. El catolicismo se propuso proporcionarle a sus fieles algunas herramientas para saber elegir en la cada vez más vasta oferta de productos culturales que asomaban, en especial, en las grandes urbes. Así, a fin de orientar a los espectadores de todas las salas de cine, el diario católico *El Pueblo* se inició en 1913 en la valoración moral de los espectáculos de cine y teatro, un rubro que ya nunca más abandonaría. El juicio cinematográfico del diario quería convertirse en el termómetro al cual debía recurrir el católico a la hora de elegir uno de los tantos espectáculos que se desarrollaban en la ciudad. Su intervención en el campo fue muy temprana, si tenemos en cuenta que el papado tan sólo se pronunció sobre el cine en 1936, a través de la encíclica *Vigilanti Cura*. La escala de valores utilizada en la prensa católica era por demás enrevesada y ponía de relieve la preocupación moral que sostenía la Iglesia:

A) Obra aceptable.

Av) Obra aceptable aunque vulgar. O sea, para personas de una educación no muy refinada.

R) Recomendable.

E) Escabrosas. Las que por incidencias de su acción, frases de sus diálogos, detalles coreográficos o escénicos ofendan los sanos principios y las buenas costumbres sin que la inmoralidad sea su tema dominante.

M) Malas. Las de tendencias contrarias a la verdad religiosa. [...]

Mm o Em) Malas o escabrosas, pero en música.

P) Pornográficas. Las que colman toda medida en el sentido de la inmoralidad.¹⁵

Si bien todos los espectáculos escénicos no podían sino inspirar suspicacias entre los católicos, la aparición de obras de teatro con contenido religioso que comenzaron a difundirse en fechas centrales del calendario católico –Semana Santa, Navidad– los obligaron pronto a comenzar a ser más indulgentes con la cultura de masas en expansión. Las personas verdaderamente devotas no debían volcarse por esos espectáculos vulgares, se decía, pero había que hacerse la idea de que esas obras podían también servir como “vehículo de conversión”.¹⁶ Así, cine y teatro se volvieron, si no recomendables, al menos tolerables. La cuestión cultural, desde un enfoque moralizante,

15 *El Pueblo*, 4 de febrero de 1914.

16 *El Pueblo*, 27 de marzo de 1918.

fue pues otro eje de primera importancia que adquirió centralidad en la década del Centenario y llevó al catolicismo a posiciones cada vez más tradicionalistas.

Pero la cuestión social y las huelgas, algunas de ellas violentas, como la Semana Trágica, que se desencadenaron hacia el fin de la Primera Guerra Mundial acercaron el catolicismo, cada vez más, a posiciones que con el tiempo se volverían cada vez más recalcitrantes, antiliberales y de un nacionalismo exacerbado. La participación de algunos sectores de la Iglesia Católica en la fundación de la Liga Patriótica en 1919, grupo paramilitar que se formó a la luz de las fuertes huelgas de ese año y que contó incluso con la participación, en sus inicios, del moderado Monseñor De Andrea, fue sintomática del corrimiento que se estaba produciendo en el catolicismo, cada vez más atemorizado por “los bárbaros que estaban a las puertas de Roma”, según se dijo por esas fechas. No es casual que en este contexto la Iglesia se lanzara de manera orgánica a procurar crear instituciones nacionales (y de marcada impronta nacionalista) para organizar el laicado. En 1919, bajo la iniciativa de Monseñor de Andrea, se lanzó la Unión Popular Católica Argentina (émula de la Unión Popular sturziana), con la intención de crear una entidad de alcance nacional capaz de amalgamar el laicado católico de todo el país, a fin de salvar las líneas de fractura que atravesaban hasta ahí el catolicismo argentino. La UPCA suele decirse que fracasó, por varias razones. En parte porque la carrera de Monseñor de Andrea, su fundador, se vio envuelta en muchos conflictos en la década de 1920, que no viene al caso narrar aquí. En parte también porque la UPCA, y a pesar de su nombre, no logró despegarse de las elites, y fue quizás ésta la principal causa de su “fracaso”, como suele decirse. El hecho de que los cargos directivos de la UPCA permanecieran en manos de grandes apellidos se contradecía de manera flagrante con el carácter “popular” que se pretendió darle a la asociación; no faltaron en este sentido las críticas. Fracasó en lo esencial: amalgamar a un movimiento católico que pujaba por mostrarse cohesionado bajo la bandera nacional. Si la UPCA constituyó el más acabado intento por parte del catolicismo de enfrentar los conflictos de clase —cada vez más agudos— con invocaciones a la nación, no cabe duda alguna de que fue insuficiente para erigir la bandera nacional por encima de las diferencias sociales. Habrá que esperar a la conformación de la Acción Católica Argentina en 1931 para encontrar en la Iglesia argentina un movimiento de escala nacional más o menos bien articulado.

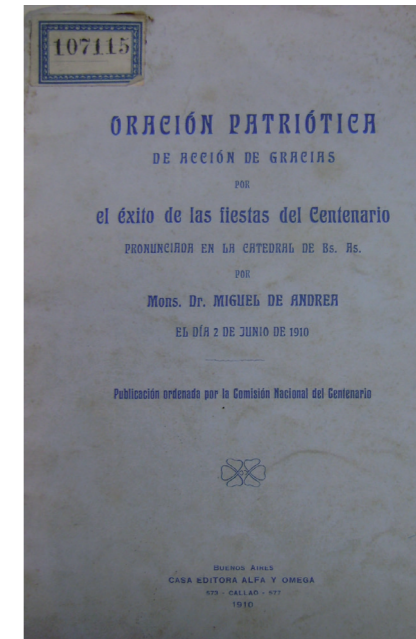
CONCLUSIÓN

La década del Centenario tuvo una importancia decisiva en el catolicismo argentino, dado que se vio atravesada por cuestiones clave que, de alguna manera, marcaban su ingreso en el siglo XX: la cuestión democrática por un lado, dada la expansión del sufragio; la cuestión nacional, de la mano de un proceso de integración y nacionalización de las masas; la cuestión cultural, y el temor creciente a la cultura de masas y sus eventuales desbordes; el agravamiento de la situación social, que se agudizó conforme avanzaba la década, produciendo la necesidad de repensar el problema desde un catolicismo que, desde tiempos inmemoriales, tuvo en la caridad su forma tradicional de manifestación. En este sentido, puede afirmarse que la década del Centenario constituye un perfecto laboratorio en el que testear muchas de las transformaciones que sufrirá el catolicismo a lo largo del siglo XX.

Miranda Lida

Doctora en Historia por la Universidad Torcuato Di Tella. Investigadora de Carrera, categoría Independiente en CONICET, Argentina. Profesora titular de Historia Argentina en la carrera de Historia (Universidad Di Tella, Buenos Aires) y en la carrera de Historia (asignaturas: Historia Moderna e Historia Contemporánea) de la Universidad Católica Argentina. Se especializa en temas de historia argentina de la primera mitad del siglo XX, desde una perspectiva de historia social, cultural y política. Becaria Fulbright.

Entre sus libros se cuentan: Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo (México, El Colegio de México, 2016 y Buenos Aires, Eudeba, 2014); Historia del catolicismo en la Argentina. Entre el siglo XIX y el XX (Buenos Aires, Siglo XXI, 2015) y Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo, (Buenos Aires, Edhasa, 2013). Ha publicado más de 70 artículos en revistas especializadas y libros.



Oración patriótica de acción de gracias por el éxito de las fiestas del Centenario pronunciada en la Catedral de Buenos Aires por Mons. Dr. Miguel de Andrea el día 2 de junio de 1910, Buenos Aires, Alfa y Omega, 1910



FOTO PROCESION DEL CENTENARIO.
FUENTE: Caras y Caretas, 4 de junio de 1910, s/p.



FOTO DE LA PROCESION EUCARÍSTICA EN PLAZA DE MAYO, EN DIRECCIÓN HACIA EL CONGRESO Y AVENIDA DE MAYO.
FUENTE: Memoria del primer Congreso Eucarístico argentino, Buenos Aires, Herrando y Cía, 1916.



VISTA PANORAMICA DE PLAZA DEL CONGRESO EN EL MOMENTO EN QUE LLEGA LA PROCESIÓN EUCARÍSTICA.
FUENTE: Memoria del primer Congreso Eucarístico argentino, Buenos Aires, Herrando y Cía, 1916.